

TUCAN  10+

Pablo Pudín cocinero

CHRISTINE NÖSTLINGER



edebé



Pablo Pudín cocinero

Christine Nöstlinger

Pablo Pudín cocinero

Recetas de Elfriede Jirsa



edebé

Título original: *Pudding-Pauli rührt um*

Recipes by Elfriede Jirsa

Copyright © 2009 by Verlag Carl Ueberreuter, Wien

© Ed. cast.: Edebé, 2012

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño gráfico de cubierta: César Farrés

© *Traducción:* Anna Gasol

© *Ilustraciones:* Pere Puig

Primera edición: septiembre 2012

ISBN 978-84-683-0443-4

Depósito Legal: B. 11545-2012

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Capítulo uno	7
Capítulo dos	27
Capítulo tres	47
Capítulo cuatro	67
Capítulo cinco	85
Capítulo seis	105
Capítulo siete	127
Capítulo ocho	149
Capítulo nueve	165
Capítulo diez	181
Capítulo once	197
Capítulo doce	213
Las recetas de cocina de Pablo Pudín ..	235

(Recetas en pág. 237-238)

Capítulo uno

(En el que una buena profesora confía en la bondad humana y, por desgracia, solamente hay queso para untar el bocadillo del desayuno)

Pablo Pistulka, de once años y tres meses, conocido por sus amigos como Pablo Pudín o simplemente Pudín, estaba acurrucado medio dormido en su mesa de la clase 5A e intentaba sin éxito evitar un sonoro bostezo.

—¿Acaso, querido señor Pistulka, se quedó viendo la televisión hasta la medianoche? —preguntó la doctora Saco de Verdura, que curiosamente era la tercera persona que lo regañaba.

—No —contestó Pablo y se limpió un par de legañas—. Es que me falta oxígeno por la falta de aire fresco.

Pablo mantenía siempre la misma discusión sobre la ventana con la doctora Saco de Verdura. Cuando terminaba la hora de la pausa, daba una vuelta por la clase y mandaba cerrar todas las ventanas, con el pretexto del ruido procedente de la calle, de la tortícolis derivada de la corriente de aire y del peligro de que algún alumno distraído se cayera por la ventana.

La doctora Saco de Verdura estaba a punto de iniciar uno de sus discursos sobre la presunción de falta de oxígeno, cuando sonó con estridencia el timbre de la pausa. De todas maneras, la doctora Saco de Verdura tenía una saludable costumbre: finalizaba la clase al primer sonido del timbre.

Pablo quería levantarse a abrir las ventanas, pero Rosi, su compañera de mesa, lo retuvo y murmuró:

—¡Pudin, deja las malditas ventanas, mi estómago gruñe como un perro hambriento!

Pablo suspiró, tomó su mochila del cajón de la mesa y, de una caja de plástico grande como un listín telefónico, extrajo dos individuales de tela limpios, dos servilletas y dos paquetes envueltos en papel de aluminio.

Rosi retiró la corteza de un trozo de pan rústico, lo untó con queso, lo adornó con rodajas de tomate, mini mazorcas de maíz y abanicos de pepino que sacó del papel de aluminio, y lo contempló un poco decepcionada.

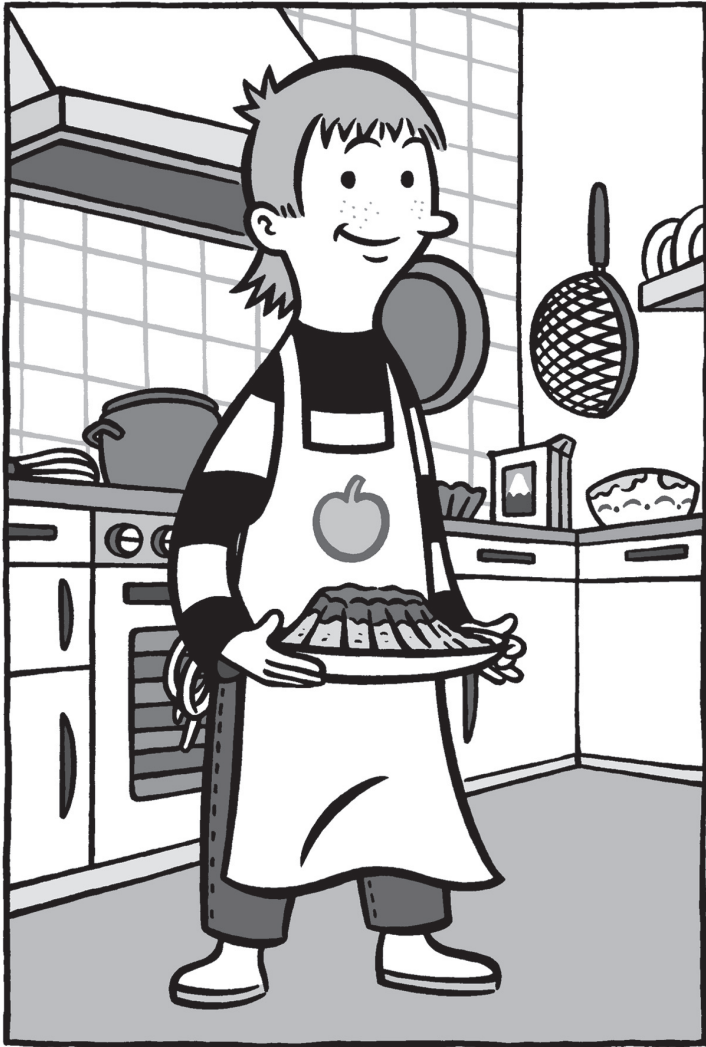
—Si comes embutido todos los días, tendrás colesterol y el colesterol es un terrible azote para la humanidad —Pablo empujó un individual y una servilleta hacia ella—. La verdad es que no puedes quejarte de este super-especial-de-queso, pues lo he preparado yo mismo a primera hora, con mantequilla y con todo detalle y, además, he añadido un toque de tabasco.

Rosi mordió su pan con queso y murmuró masticando con pocas ganas:

—¡Tiene buena pinta!

Desde hacía un año, Pablo y Rosi habían llegado a un acuerdo: de lunes a viernes Pablo se encargaría del bocadillo del desayuno o de diversas *delicatessen* para la merienda, y de un almuerzo caliente, mientras que, por su parte, Rosi le escribiría todos los ejercicios de Matemáticas. Y lo haría imitando a la perfección los números y las letras de Pablo. Un acuerdo con un lema que debería respetarse: cada uno realizaría su parte de la mejor manera posible. Y tanto Rosi con los ejercicios falsos como Pablo con las comidas se ponían más o menos de acuerdo.

Anteriormente, Pablo había cocinado de vez en cuando, como diversión, y generalmente hacía púdines de vainilla que... ¡se deshacían completamente! De aquí venía su apodo. Pero, el día de su décimo aniversario, había pedido un único deseo a su madre y



era: quiero una copia de la llave de casa como mi amiga Rosi, porque soy mayor, puedo cuidar de mí mismo y no quiero seguir yendo a la acogida.

En un principio, la madre de Pablo fue contraria a este deseo. Dijo que no estaría tranquila en el despacho si Pablo quedaba «desatendido» toda la tarde.

¡Todavía era pequeño! ¡Cuando cumpliera los catorce años, le daría permiso!

Pero Pablo le había hecho chantaje. Bueno, no exactamente, porque hablaba en serio y era cierto que detestaba la acogida.

—Si no me das permiso para regresar solo del colegio —había dicho—, me trasladaré con papá y su nueva esposa y solo te visitaré los fines de semana.

Por este motivo, finalmente, su madre había cedido. A partir de entonces, le dejaba una comida copiosa a base de los menús preparados que llenaban su congelador. La cocina no era su especialidad. Era una pé-

sima cocinera que estropeaba todo lo que amasaba, freía o cocía. Por ello había decidido que no volvería a cocinar. Afirmaba que era inepta para la cocina. Se sentía frustrada si algo de lo que hacía no le salía bien.

Sin embargo, el fino paladar de Pablo era contrario a consumir la comida congelada del mediodía y por ello se decidió a cocinar por su cuenta. No se trataba de ser cocinero por *hobby*. Consideraba que no era un *hobby*, sino un auténtico instinto de conservación.

—¿Qué hay para el mediodía? —Rosi se metió el último pedazo de pan con queso en la boca y se limpió los dedos pegajosos con la servilleta.

—Podemos comprar pescado y ensalada de camino a casa, ¿te parece bien? —sugirió Pablo todavía comiendo.

Antes de que Rosi pudiera manifestar su conformidad, Lea dio un grito desde la mesa que Pablo y Rosi tenían delante:

—¡Mi corazón no está! ¡Mi corazón no

está! Alguien ha robado mi corazón de oro.

Rosi abrió los ojos y murmuró:

—¿Tiene que hacer teatro todos los días?

Un par de niños se acercaron a Lea. Ella señaló su mesa con manos temblorosas y sollozó:

—Aquí... Estaba aquí..., y ahora no está... ¡Simplemente no está! ¡Qué faena!

—¡Y un jamón! —musitó Pablo moviendo la cabeza—. ¿Qué le pasa esta vez a esta pesada?

Había llegado a la clase al dar las ocho y no se había enterado de cómo presumía Lea de un corazón de oro. Un corazón del tamaño de una uña que llevaba grabado *Lea*. Había contado que una tía suya se lo había regalado por su undécimo cumpleaños. Y la cadenita de oro, de la que colgaría el corazón, era un regalo de un tío, pero este llegaría de visita durante el fin de semana.

Rosi se lo contó a Pablo mientras él co-

locaba los individuales en la caja de plástico.

—¡Pues aquí no ha entrado a hurtadillas ninguna urraca histérica! —dijo Pablo mientras arrugaba el trozo de papel de aluminio hasta hacer una bola.

Rosi movió la cabeza afirmativamente y Lea volvió a sollozar y juró por todos los santos que su hermoso y valioso corazón de oro había permanecido hasta un minuto antes en su mesa, junto a la pluma estilográfica. Su compañera de mesa, María, era testigo de ello y lo podía jurar.

Los niños reunidos alrededor de la mesa de Lea aconsejaban:

—¡Mira en la cartera!

—¡Puede que haya rodado al fondo del cajón!

Un par de niños se agacharon y lo buscaron por el suelo. Pero Lea negó con la cabeza, tozuda, y sollozó diciendo que no era estúpida y que estaba segura de no haberlo

metido en la cartera ni en el fondo del cajón porque sabía que el valioso y hermoso corazón de oro estaba en el centro de su mesa, al lado de la pluma estilográfica. Y —en resumen— explicó que había ido a la papelería a sacar punta a su lápiz rojo y después —para resumir más— se había dirigido a la mesa de Eva para devolverle los dos euros que le debía y, de regreso a su mesa, ¡el corazón no estaba!

Pablo tiró la bola de papel de aluminio y la de las servilletas directamente a la papelería. La bola de papel de aluminio aterrizó dentro de la papelería, la de las servilletas, fuera. Satisfecho por haber acertado un punto, retrocedió, se cruzó de brazos y, moviendo la cabeza, contempló con indulgencia el revuelo de los niños reunidos alrededor de la mesa de la llorosa Lea.

Entonces el timbre puso fin a la pausa de las diez. Picot, llamado «Picot multicolor» por

los de la clase 5A a causa de su divertida ropa de colores, entró en clase con dos grandes tableros triangulares de madera bajo el brazo, y la reunión infantil se disolvió poco a poco. Lea respiró profundamente y, sin dejar de sollozar, explicó a Picot la preocupación sobre su corazón con todo tipo de detalles.

—En primer lugar —dijo Picot—, las joyas de valor no han de traerse al colegio. Algo que hemos repetido centenares de veces a todos los alumnos. Ahora —añadió—, registra tus cosas a conciencia. Creo que en un cien por cien de los casos ignoramos que en realidad lo hemos extraviado, así que debemos comprobarlo con mucha atención.

Lea movió la cabeza con testarudez y quiso aclarar que estaba segura de dónde había dejado su corazón, pero Picot no se lo permitió, sino que exigió bruscamente:

—¡Basta! ¡No queremos perder la hora entera, queremos trabajar! ¡El próximo lu-

nes tenemos evaluación y para algunos de vosotros es la última ocasión de superar una evaluación!

Lea colocó a desgana su cartera encima de la mesa, la levantó y volcó su contenido en la mesa. Salieron disparados lápices y libros, gomas de borrar y reglas, cuadernos y un monedero, un pequeño elefante de peluche y un par de monedas de un céntimo, un bloc de notas y medio panecillo estropeado, ¡pero ningún corazón de oro!

—¡Ahora vuelve a registrar el cajón de la mesa! —ordenó Picot.

Lea se agachó, estiró los brazos hacia dentro, palpó el interior y negó con la cabeza.

Picot parecía preocupado.

—Entonces... —suspiró—. Entonces..., será mejor que vayas a dirección y denuncies el desagradable incidente.

—¿Ahora? —preguntó Lea.

A continuación se sentó en la silla y metió de nuevo sus cosas en la cartera. Incluso el

medio panecillo estropeado. Después metió la cartera en el cajón, cerró la boca unas cuantas veces para tragarse las lágrimas y salió de la clase sonándose con el pañuelo pegado a la nariz enrojecida por el llanto.

—Se comporta como si hubieran asesinado a toda su familia —dijo Rosi en voz baja, burlándose—. Era un corazón muy feo.

Pablo sacó su cuaderno de Geometría de la mochila, lo abrió y dibujó con el bolígrafo una gran cantidad de signos de interrogación en la hoja de papel. Pequeños y grandes, delgados y panzudos. Mientras Picot desarrollaba en la pizarra el desplazamiento de una línea paralela con la ayuda de dos triángulos, Rosi atrapó la hoja de Pablo y escribió con una caligrafía clara bajo los interrogantes:

«¡Pudin, demuestra tu capacidad!».

Hay que decir que la diversión de Pablo Pistulka eran los casos criminales no resuel-

tos. En su casa tenía una enorme carpeta con artículos de prensa, que repasaba una y otra vez, y sobre los que reflexionaba de vez en cuando para descubrir quién podía ser el culpable. Estaba convencido de que más adelante se convertiría en comisario de policía.

Pablo recuperó la hoja y con su letra gigantesca escribió sobre los signos de interrogación porque no le hacía falta ser especialmente cuidadoso:

«¿Cómo demostrarlo?».

Después de un cuarto de hora de rechinar de dientes durante el cual Picot mostró en la pizarra el desplazamiento de las paralelas con una tiza que chirriaba, Lea regresó a la clase. Y detrás, Pequeña Col. Pequeña Col se llama en realidad «doctora Kohl» y es la sustituta de la señora Hofrat Meier, la directora del colegio. Lleva, día tras día, zapatos con superplataforma y un tupé extravagante

que la hace un poco más alta que los niños mayores de la clase. Sin embargo, aparte de esto, es una persona muy amable.

Lea se dirigió a su mesa. Había dejado de sollozar y no parecía tener ganas de organizar otra movida.

Pequeña Col saludó a su colega, anduvo arriba y abajo de la primera fila de mesas e inició un discurso. Dijo que era muy, pero que muy desagradable, incluso feo, el hecho de sustraer algo a una compañera del colegio. Pero, añadió, estaba segura de que el responsable del robo estaba arrepentido y tendría la valentía de restituir aquella joya a Lea. ¡No era necesario avergonzarse de un pecado del que uno se arrepentía!

El discurso azucarado y comprensivo de Pequeña Col no tuvo por desgracia ningún éxito porque Nenad pidió la palabra y propuso a los dos profesores «una inspección de las carteras y un cacheo», lo cual entusiasmó a la mayor parte de los alumnos:

—¡Sí, sí, hagámoslo! —chillaron.

Entonces Pequeña Col se mostró enérgica. Creía que aquello sobrepasaba las competencias del profesorado y, además, los profesores de primaria no eran detectives de grandes almacenes, ¡gracias a Dios!

Picot le dio la razón y añadió que ojalá el ladrón se arrepintiera, aunque quería darle un buen consejo, y proponía que enviara el corazón por correo dentro de un sobre, al colegio o a la dirección de Lea. Garantizaba, además, que las huellas del sobre no serían analizadas.

—¡Queremos seguir confiando en la bondad de las personas! —añadió Pequeña Col.

—Amén y santas pascuas —murmuró Pablo aprovechando que sonaba el timbre que hoy avisaba antes de tiempo porque los profesores de las dos últimas horas estaban enfermos.

Pequeña Col y Picot salieron de la clase

apresuradamente y, cuando ya estaban al otro lado de la puerta, Nenad exclamó:

—¡Podemos hacerlo nosotros, no nos hacen falta los profesores!

Pablo guardó su cuaderno de Geometría en la mochila, se levantó y se dirigió a Nenad.

—No cuentes conmigo porque es una idea descabellada.

—¿Por qué es una idea descabellada? —Nenad, que sobrepasaba en altura a Pablo y lo doblaba en volumen, se plantó delante de él.

Lo miró con desconfianza. Parecía haber pillado al ladrón del corazón.

—Naturalmente que podríamos registrar las carteras —le explicó Pablo—, pero ni hablar de cachear. ¿Tendríamos que desnudarnos por completo? ¡Porque un pequeño corazón puede esconderse en el interior de los calzoncillos más diminutos!

En la clase se iniciaron discusiones apa-

sionadas. Algunos estaban dispuestos a desnudarse por completo, otros no lo creían necesario.

—Las niñas entre ellas, los chicos entre ellos, es más razonable que lo hagamos por separado —sugirió Eva—. Podemos turnarnos en el vestuario.

—No servirá de nada —dijo Pablo—. Incluso una criatura completamente desnuda puede esconder sin esfuerzo un objeto tan pequeño. ¿No habéis leído que los traficantes de droga ocultan la mercancía en su cuerpo? ¡Cantidades mucho mayores que un pequeño corazón!

—¿Crees que el ladrón se ha tragado el corazón de oro de Lea? —preguntó Verena—. Así no habrá manera de encontrarlo con un cacheo. Y entonces..., entonces..., entonces...

Verena enmudeció. Simplemente no podía decir en voz alta cómo recuperaría el ladrón el corazón robado.

—¡Eso es! —exclamó Moritz—. El perro de mi abuela se tragó medio collar de perlas, porque es demasiado tonto como para entender qué puede comer y qué no, y entonces mi abuela tuvo que remover sus cacas con una llave durante una semana. Y a excepción de dos perlas, ¡encontró las demás en buenas condiciones!

—¡O se retiene lo que sale como deposición! —dijo Pablo.

—Esto es más fácil. Por eso la policía siempre lleva guantes de goma para los cacheos.

—Solo he visto hacerlo en la estación —murmuró María, que realmente no era una lumbrera para las adivinanzas—. ¿Qué es lo que se retiene como deposición?

—¿No te has puesto nunca un supositorio? —preguntó Sebas riendo irónicamente.

Finalmente María captó el sentido de la conversación, enrojeció como un tomate y exclamó:

—¡Sois unos cerdos desagradables! ¡Deberíais avergonzaros!

—Aquí no hay ningún cerdo y nadie debe avergonzarse por mostrar cómo son las cosas de la vida —saltó Pablo, que agarró su mochila, les dio la espalda, hizo un gesto con la cabeza a Nenad y al resto y se dirigió a la puerta de la clase dispuesto a marcharse.

Rosi salió resoplando detrás.